

La noticia más inesperada

El día que los padres de Pedro se separaron fue el más triste de su vida. Y eso que lo hicieron lo mejor posible, tranquilos, relajados. Ni se habían peleado ni nada. “Cosas de mayores”. Lo llamaron, se sentó, y más o menos se lo soltaron así:

—Pedro, hijo.

—Ante todo has de saber que te queremos.

—Mucho.

—Exactamente: mucho.

—Muchísimo.

—Tú eres lo más importante de nuestras vidas.

—Lo más de lo más.

—No va a cambiar casi nada, te lo prometemos.

—Irás a la misma escuela de siempre, vivirás con mamá...

—Es lo más prudente y adecuado.

—Sí, lo más prudente y adecuado.

—Con todo, sabemos que será duro para ti.

—Para todos.

—Y más los primeros días.

—Las primeras semanas.

—Pero estas cosas pasan.

—Pasan mucho.

—Lo más importante es hablarlo razonada y civilizadamente.

—No es que papá y mamá ya no se quieran.

—Es sólo que ahora lo hacen..., lo harán de otra manera.

—¿Entiendes?

Hasta ese momento, Pedro parecía estar en un partido de tenis, viendo la pelota saltando de un lado a otro de la red.

Y de entenderlo, nada, ni jota.

—No —dijo.

Sus padres se miraron con angustia.

Parecieron tomar una decisión muy muy dura.

—Papá y mamá...

—Eso, que...

—Pues...

—Verás...

—Vamos a separarnos.

¡Bum!

Ahora sí lo captó.

En la escuela había varios chicos y chicas con padres separados. Y en su salón, dos, Lucas y Elena. No hablaban mucho del tema. No era de ese tipo de cosas de las que se antoje hablar.

Es más, a Pedro le parecía que eso sólo podía pasarle a los demás.

—¿Ustedes? —se quedó sin aliento.

—Ya ves.

—Lo sentimos de veras.

—Cariño...

—Hijo...

Los miró fijamente. De repente eran dos desconocidos. Nunca se habían peleado, siempre habían parecido felices, risueños, contentos. La pareja ideal, perfecta. Era absurdo.

Pero no.

Ahí estaba la cosa.

—No fastidien, ¿sí? —se le ocurrió decir.

En ese momento, su madre lo abrazó muy fuerte a él, y su padre los abrazó a los dos. Se apapacharon entre todos. Por última vez, pero se apapacharon.

Pedro se dio cuenta de que ella lloraba por dentro mientras se hacía la fuerte por fuera, en plan valiente. Su padre ni respiraba.

El gran silencio.

Quedaban largas explicaciones, pero no eran necesarias.

Al día siguiente su padre le compró una bicicleta y se marchó de casa.

Al otro, su madre le compró una nueva consola de videojuegos y le dijo que iban a organizarse.

Los días que siguieron a todo esto se le hicieron nebulosos.

Él era un autómatas.

Su madre era una autómatas.

Sin su padre, la casa estaba vacía.

Y cuando fue a la nueva casa de él, fría, muy impersonal, sin el menor calor hogareño, fue ella la que estuvo vacía sin su madre.

Pedro ya sabía que nada sería igual.

Dos vidas

Las cosas fueron más rápidas incluso de lo esperado. De la noche a la mañana Pedro tenía todo por duplicado. A su casa de siempre, su habitación de siempre, sus cosas de siempre y sus amigos de siempre, se les sumó una casa nueva, otra habitación, nuevas cosas que usar o disfrutar y hasta posibles nuevos amigos con los que jugar. En la escalera donde su padre había alquilado el departamento encontró uno, y en la calle, en la tienda de electrodomésticos de al lado, otro. Los dos de su misma edad. Eso sí, como iba a la misma escuela, los de toda la vida eran los primeros y más importantes.

Su mejor amigo, Marcos, también era, a veces, su peor pesadilla.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Mi prima Dorotea está fatal. Y eso que sus padres se separaron hace ya dos años.

—Pues yo estoy bien.

—¿Seguro?

—Sí.

—Oye, a mí puedes contármelo, ¿eh?

—Estoy bien.

—¿Seguro?

—¡Que sí, pesado!

—Bueno, está bien, allá tú.

Marcos era imposible.

Y como era hijo único, igual que Pedro, y había nacido tres semanas antes, se creía que era algo así como el hermano mayor.

El departamento del padre de Pedro era pequeño. Lo que él llamaba “departamento de soltero”. A Pedro eso le hacía cierta gracia. ¿Soltero? ¡Separado! ¿Qué tenían que ver las habas con los tomates? El padre de Pedro se hacía el simpático y el divertido, como si no pasara nada. Su madre, en cambio, a veces estaba triste. Claro que como Pedro vivía con ella, la veía más. Todos los días. Los fines de semana que le tocaba con su padre, él parecía otro. Hablaba hasta por los codos, contaba chistes, se reía...

Pedro pensó que se había vuelto loco.

Luego comprendió que era su forma de tomar la separación.

Y, sobre todo, evitar que él la pasara mal.

Porque si algo se notaba era que los dos estaban muy preocupados por él.

Los fines de semana que se iba con su padre, su madre le preparaba la mochila, donde metía lo necesario, y le daba toda clase de consejos:

—Come a tus horas, no te hagas el burro, nada de ver la tele todo el día, nada de jugar videojuegos todo el día, mira que papá a veces anda medio perdido y si le da por dejarte hacer lo que te dé la gana...

Pedro iba diciendo:

—Sí, mamá. Sí, mamá. Sí, mamá.

Hasta que ella se callaba, lo miraba tiernamente y lo abrazaba.

Fin de los sermones.

Su padre lo recogía puntualmente y él se iba a su nuevo “otro mundo”. La habitación, poco a poco, tomaba forma. La ropa era nueva. En lo de los horarios... había ciertas libertades. El tiempo se alargaba a veces como un chicle y se acertaba otras. Su padre, que siempre trabajaba y no tenía tiempo

para nada, de pronto parecía tener todo el tiempo del mundo. Vamos, no lo dejaba ni a sol ni a sombra. Iban al cine, al futbol si había partido, o lo veían por la tele si el equipo jugaba fuera, comían pizza en casa o baguette en una hamburguesería...

Luego volvía a casa y su madre, así así, a lo tonto, le hacía preguntas, pero como si no las hiciera. Nada de bombardearlo al llegar, qué va. Poco a poco, y como de pasada.

—¿Y tú qué hiciste, mamá? —preguntaba él.

Unas veces ella decía:

—Oh, pues me dediqué a poner orden en la casa, ahora que hay más espacio.

Otras:

—Salí con mis amigas, a pasear y al cine.

Vamos, que aburrirse parecía que no se aburrían, ninguno de los dos.

Incluso, cuando llegó la hora de las vacaciones de verano, lo pactaron sin traumas ni gritos y, como lo llamaban ellos, “de mutuo acuerdo” y “mirando siempre por él”. O sea, que se fue quince días a la playa con ella, al pueblo, y los quince días con él los pasó en Disneylandia de París y en Port Aventura de Tarragona. Increíble.

Hasta Marcos se quedó impresionado.

—Oye, tú, les dije a mis padres que se separen
—quiso hacer broma.

—Cállate, burro —se enojó Pedro.

Hubiera preferido mil veces pasar el verano de
todos los años con tal de que siguieran juntos.

Pero eso parecía ya imposible.